



La palabra “distopía” suele relacionarse con Huxley, Orwell y Bradbury; con mundos en los que se queman libros, se aman objetos y no se envejece. Estas posturas son más bien nuevas y se han visto reforzadas, luego de que la ciencia y la tecnología mostraran todo el daño que pueden hacer si no se regula la forma como se usan. Casi todas estas historias terminan en una huida total, una vuelta a lo natural, una reflexión sobre por qué es necesario alejarse de las máquinas o una sentencia como la de E.M. Ciorán en su “Retrato del hombre civilizado” cuando dice que “Debimos conformarnos, piojosos y serenos, con la compañía de las bestias, estancarnos a su lado durante unos milenios más, respirar el olor de los establos y no el de los laboratorios, morir de nuestras enfermedades y no de nuestros remedios, dar vueltas alrededor de nuestro vacío y hundirnos en él suavemente”(Cioran. 1986:30) Todas estas reflexiones suscitan el temor de los seres humanos a la pérdida de la vida

como la conocen y a sacrificar sus libertades por un orden que nunca sabrán si realmente está o no bien dirigido; hoy en día se reconoce que los peores daños que se pueden sufrir provienen precisamente de otros seres humanos y no de monstruos ni fenómenos naturales.

En este ensayo no se pretende hablar de las típicas obras de ciencia ficción ya mencionadas, sino de una obra menos conocida y que aunque no sea un relato de ciencia ficción y no pueda clasificarse completamente entre las distopías, sí puede relacionarse con ellas, no sólo por la forma como pinta al ser humano sino también porque el tema del que habla es la forma más antigua para ejercer control moral: aterrorizar al hombre con consecuencias, ya sean reales o imaginarias, de sus actos, apelando a alguna especie de justicia.

La idea del infierno era la distopía antes de las distopías, no decía nada sobre el estado del mundo en unos cuantos siglos pero aterrorizaba a las personas sobre el estado de sus propias conciencias, estado que no podrían evadir ni con el suicidio ni con trucos ingeniosos. Aunque la idea del infierno ha perdido su fuerza y sería anacrónico pretender generar miedo con imágenes dantescas, Sartre se propuso describir un infierno que lleva al lector a cuestionarse sobre su relación con los demás y sobre sus mayores miedos; hablaré de una obra suya que es un pequeño texto teatral llamado *A puerta cerrada*.

En el texto se muestra una analogía de lo que ocurre en la tierra y evoca sufrimientos que el hombre aún no sabe combatir: los psicológicos. En la obra, tres personas que no se conocen (Inés, Estelle y Garcin) se encuentran en un cuarto de hotel al que los lleva un mozo. Aparentemente todo lo que hay afuera son más pasillos y más cuartos. Los tres personajes comienzan a hablar y a tratar de conocerse, no entienden muy bien si fue por azar que los reunieron justo a ellos en ese cuarto, ni ven cuál es el sufrimiento de estar cada uno en su silla, sin necesidades corpóreas ni torturadores con látigos.

La presencia de los otros les resulta incómoda, se interrogan, se miran y, aunque tratan, no pueden actuar con naturalidad completa. Cada uno va dejando atrás su vida terrenal y comienzan a asaltarlos sus culpas; de ahí surge cierto deseo de aceptación y comprensión por parte de sus compañeros, pero al ver que no pueden entenderse y que los demás los juzgarán permanentemente la situación empieza a tornarse insostenible.

Garcin, cansado de la situación en la que se encuentra con estas dos mujeres y después de haber tratado por todos los medios de que cada una se sentara en silencio y se sumiera en su soledad, comienza a pedir a gritos que lo lleven a sufrir con tenazas, plomo derretido o garrotes en lugar de tenerlo en esa aparente espera continua, a lo que Inés, que siempre se mostró más irónica que sus dos compañeros, responde: “en este infierno el verdugo es cada uno para los otros dos” (Sartre, 1983:133)

Llega un punto en el que la puerta se abre y no hay nadie afuera. Estelle quiere irse con Garcin, Inés quiere que Garcin se vaya para quedarse a solas con su compañera y Garcin aparentemente quiere huir de las dos, pero al final ninguno se decide a irse: todos sienten la necesidad de estar con los otros, a falta de espejos tienen que reconocerse en las miradas ajenas, esas miradas que tanto los angustian, más aún al saber que nunca van a dormir y que la luz no se apagará.

Es en el contexto de este diálogo en el que uno de sus personajes enuncia una de las frases insignia de Sartre: “El infierno son los otros”. Esta frase contiene uno de los componentes principales de las distopías y la misma obra refleja el problema que genera la mayoría de los temores de las sociedades contemporáneas: vivir en comunidad llevará a la humanidad a la perdición, pero aislarse de la civilización es algo que, prácticamente, ni siquiera se piensa, puede decirse incluso que va en contra de la propia naturaleza, pues ¿para qué vivir si no es para reconocerse en las pupilas de los demás?

Bibliografía

Sartre. 1983. *La puta respetuosa/ A puerta cerrada*. Ediciones Orbis. S.A.